

Súper Mac

Mario Riveros Monsalve

Fue terrible.

Dejar de comer esa grasa con extra calorías y mayonesa fue la peor decisión que pudo tomar. No por el gasto de plata y sudor que implica buscar una ensalada de menos de dos lucas en el centro, ni por lo insípida de la coca lighth o la manzanita de postre. Sino que por lo vacío y tonto que se sentía al hacer una dieta que sabía, no servía para nada.

“Es que todos sabemos que los kilos se ganan fácil pero se pierden con elástico” le enrostraron sus amigos y, tras eso, tenía que soportar las bromas por la “ensaladita”, la “sacarina” y, por la guata.

Pero no podía dejar atrás la dieta. Al mirarse al espejo sufría mucho más que al sentir el estómago vacío por la falta de calorías. No le gustaba verse gordo ni sudar cada tres pasos, ver que su mamá le recalaba los problemas al corazón, que su esposa se asfixiaba cada vez que querían amarse y que su lado del colchón, en el que sólo dormía, ya tenía pendiente a causa de su peso.

Pero no podía cejar, esta vez no.

Lo hacía por su padre. Cada vez que lloraba por no poder comer en el Nuria, El Dominó, el Doggi's, miraba hacía un lado y veía cómo fue la vida de su padre. Si le faltaba voluntad, pensaba en su abuelo y, a veces, cuando la tentación era mucha, buscaba inútilmente sus pies y tomaba razón de su desgracia.

Cruzó corriendo, casi rodando. En un arranque de locura, no vio la micro al pedir el Súper Mac...por lo menos mantuvo la dieta.